



Metáforas al aire,
núm. 7, julio-diciembre, 2021.
pp. 122-129
ISSN: 2594-2700

Marimilia

Linda Acosta*

*Que resuene fuerte:
¡Nos queremos vivas!
¡Que caiga con fuerza el feminicida!
Vivir Quintana.*

I

Escucho el silencio machista, tan fuerte en su complicidad. Un silencio qué rompe con los gritos de dolor. Desgarro. Un tipo ha vuelto a poner su arma sobre la frente de una mujer. No era ella, era y no. La encontraron sus hermanas pasados casi cuatro meses.

El navajazo no fue escuchado, quizá sí. Un grito ahogado. Nadie rompió a llorar en el momento exacto de su muerte. Nadie llamó a las autoridades. ¿Para qué? Un número más en las estadísticas de un Estado, qué como todos es machista, en el centro del sistema patriarcal mismo. Una vida que se escurre entre las gotas de sangre qué van haciendo surcos, escarbando la tierra hasta volver a ti, Tonantzín.

No era ella, era y no. Desfigurado, el cuerpo con una mueca sin resolver, con la parte rota de la ropa, con una mejilla destrozada a mordiscos, con los dedos quebrados, y las uñas negras. Era, es y será siempre amada y recordada. Madre de dos niños. Mateo y Alejandro, se han quedado huérfanos de madre. Su abuela les atenderá lo qué la diabetes le permita. Doña Norma llora a su hija, en silencio y a gritos. Fortaleza, le dicen, mujer de acero. Mujer humana, desgarrada como un papel de china. Norma se destroza cada tarde, cuando ve a los niños salir de la escuela.

* **Licenciada en Sociología**
por la Universidad Autónoma
Metropolitana, Unidad Xochimilco;
Máster en Relaciones Internacionales
Iberoamericanas por la Universidad Rey
Juan Carlos, Madrid.

—Abuelita, no entiendo cómo hacer las divisiones, mi mamá me estuvo ayudando con las de una cifra, pero ya de dos no sé— dice Mateo.

—Ay mijito, ya va a venir tu papá a buscarte y creo qué te puede explicar otra vez. Voy a ponerte una notita en el cuaderno para que la maestra sea tan amable de volverte a explicar.

La señora Norma prepara atolito, para la merienda. Sabe qué Alejandro, el pequeño necesita supervisión con la escritura. Tiene cinco años y todavía cree qué su mamá volverá; así que aprende a escribir su nombre para darle la sorpresa cuando ella 'vuelva'.

—Abuelita, mira, ya puse la letra “d” con la pancita más redonda, mira, mira abuelita.

—Muy bien Alejandrito, muy bonita letra, debes practicar más, escribir varias veces...

La cocina se inunda a ese aroma de canela, integrada perfectamente en la bebida de maíz. Un poquito de azúcar, pese a la restricción por la diabetes. Norma necesita vigor para meter a bañar a sus nietos. Su yerno, ahora viudo, pasará por ellos más tarde. Le dará las gracias, y los volverá a ver cuando la campana suene la hora de salida escolar. Ellos viven y duermen a dos calles de la suya. Su hija fue quién eligió vivir cerca de ella, como si hubiera pretendido que era necesario hacer familia, o tribu, o cuidar de la colectividad.

II

María Emilia, Marimila, tenía 34 años. Un cabello largo, negro y lacio con la que su agresor intento ahorcarla. Cuidaba sus manos con mimo, ella decía que como cajera debía a las mismas gratitud. Marimila usaba las uñas cuadradas, con esmalte color dorado; para hacer juego con su anillo de boda. Se casó con Manuel, un oficial albañil que la quería, y quiere mucho. Eso sí, él le dijo “Marimila, yo si quiero una familia, pero tengo miedo de no saber educar a los chamacos, a mi eso de los números nomás no, con trabajos y me acuerdo de las tablas de multiplicar”. Se rieron, la risa de ella inundaba las esperanzas. Hoy, él llora porqué no sabe como ayudar a Mateo, la de los números siempre fue María Emilia, y se siente impotente cuando su hijo le pregunta sobre las fracciones y quebrados.

Marimila usaba las uñas cuadradas, con esmalte color dorado; para hacer juego con su anillo de boda.

El cuerpo de Marimila fue encontrado por sus dos hermanas, y una amiga en común, de las de toda la vida. No fue fácil hacerse a la idea que el cuerpo había estado ahí, casi sin ocultar y que la policía nunca encontró a su hermana. A poco más de un kilómetro del almacén donde trabajaba María Emilia hay unos terrenos federales, cerca de una vías de tren. Casi nadie va por ahí, porque son terrenos que se han usado clandestinamente como basureros, salvo en verano, el monte crece salvajemente. A ella la mataron en noviembre, la familia estuvo destrozada por navidades, antes de llegar la primavera fue hallada. El esqueleto se asomaba, el olor fue tapado con cal, la ropa coincidía con la descripción. Sus dedos quebrados e hinchados portaban la argolla que la familia de Manuel pago en tres quincenas para la boda. Oro de 14 quilates que María Emilia no se quitaba por nada del mundo. ¿Quién fue el asesino?

La policía llegó al lugar del los hechos, después del llanto y el armarse de valor para llamar por teléfono a los agentes. Era necesario levantar la escena del crimen. Los oficiales decían de antemano que el cuerpo y la escena estaban casi borrados. ¿Cómo borrar un alma?, ¿por qué la justicia se limita a la mera descripción de la tortura, al solapamiento de la "normalidad"? Una más, se escucho murmurar, todos se miraron enseguida en silencio, sin saber interpretar esas palabras tan ambiguas cuando lo que se necesita es el concreto de la justicia, a ratos, tan abstracta.

Norma quiere ver a su hija, a la mayor, a la madre de Mateo y Alejandro. Fueron Susana y María Raquel, las que le dieron la noticia. Fueron Vanessa y Tania, las amigas de Marimila las que abrazaron a la señora Norma, mientras Mateo se apoyaba en los brazos de Susana y lo propio Alejandrito con María Raquel.

Manuel no había llegado aún, viajaba casi dos horas diario, en transporte colectivo de su casa a la obra y cada tarde lo mismo al volver. Dejaron una nota, en la puerta, para que fuera a la estación de policía local: "Manuel, estamos en el ministerio. Ven por los niños".

A Manuel se le salieron las lagrimas, se le mojaron las tripas con hambre de jugos gástricos. Rabia, dolor y desconsuelo. Quizá, un trozo de su corazón guardaba esperanza de volver a verla. Quizá, otra parte de la impotencia abarcaba ese vacío, no haber tenido los medios económicos para poder cuidarla, para ir por ella a la salida del almacén, como cuando eran novios. Con dos niños el dinero

era más que nunca necesario y optar por un aumento solo en la capital. Manuel cabizbajo, sombrío, atormentado, inseguro, con el alma hecha trizas, con los puños deseosos de golpear una pared y hacerse añicos, contenido, con el estomago vacío va directo por sus hijos, ambos con los ojos de su amada Marimilia.

Llenar papeles, reconocer el cuerpo, escuchar frases que no ayudan de fondo. Sentir las reservas y negligencia a cuesta. Llorar, entre el frío de unas paredes que huelen a resignación. Los niños no entienden del todo, ambos lloran. Saben que su madre ya no va a volver; se los han dicho tantas veces. Con la policía en el escenario y la abuelita rota a mares les ha quedado más claro. Manuel entra a la comisaría, sus hijos le abrazan. Queda en segundo plano el novio, el amante, el esposo, el compañero que le hacía cosquillas a la hoy occisa, para despertar los domingos por la mañana.

—Mari, Mari, Marimilia, le susurra al oído mientras le hace cosquillas

—¡Ya Manuel! Hoy vamos a quedarnos a dormir más tarde.

Lo abraza, lo besa dulcemente, se recuesta en su pecho. Se huelen suavemente. Se les antoja el café, se esperan, no importa el café si estás en el sueño con la persona que te arrulla en caricias.

III

—Manuel, éntrale al bisnes, dice Joel, un amigo de su infancia.

—Nel, yo tengo familia carnal, una cosa es la mota otra la piedra.

—¡Chale valedor! Allá en tu trabajo seguro le entran al chemo duro y tupido, no me salgas coyón.

—No güey, no. Mi señora y mis chamacos se respetan güey, acá entre nos, no voy a decirte qué no se vendería, pero ilegalé tú, yo no le entro nomás por tener familia güey.

—¡Shemamon! ¿Se te olvida qué a mi jefa la mataron güey? Ahí se desgracio todo, no me salgas con lo de la familia, porque del mismo barrio venimos y al mismo barrio vamos. La María Emilia si te puso de mandilón, inche güey.

—Nel güey, los dos trabajamos, los dos cooperamos en la casa. Yo no le entro, te conozco “hiena”, eres banana chida, pero te enciendes luego. La piedra es otra cosa, nel.

Se les antoja el café, se esperan, no importa el café si estás en el sueño con la persona que te arrulla en caricias.

—Vas a ver güey, en una de esas me topas con un carro del año y vas a querer un aventón.

María Emilia siempre ejemplar. Chamaca destacada por sus notas escolares. Ella hubiera ido a la universidad, no fue porqué eligió otro camino. Ser madre, y estar con Manuel. La idea de tener una familia, arraigada en ese amor romántico, que coincidía con lo que él le ofrecía. No todos son iguales se decía, quizá no se equivocaba.

Con su hermana Susana les unía el placer de cepillarse el pelo, de mantener atención en su imagen. No sólo exterior, cuidaban sin moralismo el poder pasear su belleza sin ningún tipo de modestia. Se hacían mascarillas de miel con aguacate. Se hacían licuados de alfalfa con piña y se compartían recetas sanas y fáciles. Desde niñas empezaron a escribir un recetario, que ahora Susi guarda en su pecho y en un cajón de la estantería de la cocina, donde pasean por su memoria aromas de epazote, tejocotes o ciruelas.

María Raquel, la más pequeña de las tres hermanas sigue estudiando en la universidad, en cuarto semestre de derecho. Es la única que sí decidió estudiar. Impactada por los asesinatos de mujeres en su zona se arrimó a la justicia. No puede creer que aquello que tanto temía se encontraba hoy en su realidad. Fue Raquel quién le insistió a Susana y a Tania de ir a buscar por los terrenos. El tórax se le llenaba de punzadas, intuición. Marimilia admiraba a su hermanita, y era mutuo.

Tania y Vanessa son amigas de la familia, viven en la misma colonia, fueron a la misma escuela juntas. Tania se separó del hombre que la golpeaba, Marimilia habló con ella muchas veces, la consoló, le limpió lagrimas, tejían juntas los sábados por la tarde. Estaban haciendo ropa para la bebé que espera Vanessa.

Vanessa es vendedora, de catálogo, de ropa o accesorios. Y la llaman “la Neni”, a ella no le importa. Ella se creyó que el novio se casaría con ella, pero el tipo se fue con otra. Nunca le aviso que se trataba de ‘poliamor’, una rabia que no le dieran a elegir. Quizá hubiera dicho que sí, quizá hubiera dicho que no. Una rabia que te oculten la verdad. Decidió tener a su bebita; tenía la tribu de mujeres, amigas que respetaban sin juzgar, su decisión.

IV

Marimila sale del almacén. Son las 6:00 p.m., la salida es puntual. En el trabajo saben que tiene que ir a ver a sus

niños, no le ponen trabas con 'horas extras'. Ella, pasará a casa de su madre, recogerá a Teo y Janito. Caminará dos calles hasta su casa. Bañará a los niños, los pondrá a realizar la tarea mientras ella preparará la cena. Entre preguntas sobre divisiones y fonética de sílabas ella hará sopa con verduras y gelatina de postre. Supervisará que se laven los dientes, lavará los uniformes, planchará sólo las camisas y lavará los termos de las loncheras. Limpiará los zapatos de los niños; mientras les pide que se vayan dormir. En ese momento, Manuel llegará con una bolsa de pan qué será para beber una café o un té de limón, cuando los niños se hayan dormido; él sólo les dará un beso en la frente a sus hijos, ellos dormirán sabiendo que ambos padres están ahí. Ella aguardará a que Manuel le cuente de su día, ella hará lo propio. El tiempo se escurrirá en esos momentos, tan deseados. La vida les llevo a separarse cada mañana para trabajar, ganar dinero, pagar gastos e ir construyendo la casita de a poquito. Un terrenito qué heredo Manuel fue vendido para comprar su casa cerca de la casa de Norma, madre de Marimilia. Colonia popular, barrio obrero, parece vida simple, es vida dura.

Ella sale del almacén; un auto del año se le acerca.

—¡Ey, ey! María Emilia, te llevo.

—Joel, no gracias, voy a pasar por jamón y queso a la tienda de la vuelta.

—Súbete, yo te llevo— la sigue a su paso.

—Ya te dije que no, no insistas.

Él se baja del coche, ella intenta correr. No es la primera vez que se le aparece, nunca imaginó que eso fuera a mayores. Él le pone una pistola en el vientre. Ella sube con miedo al coche, quiere gritar, quiere decirle a Joel que nunca dejará a su familia para ir con él. Él nunca aceptó su rechazo, cuando estaban en la secundaria. Joel regalaba flores y chocolates a Emilia, le dibujaba corazones y hasta un osito de peluche se robó de una farmacia para entregárselo estando ya ella casada. Ella dijo 'no', por entonces, dijo qué 'no' tantas veces. El osito no lo acepto. Ni los chocolates, ni las flores. Joel no entendía o se negaba a entender que "no" es 'no', y sin comillas.

Joel era amigo de Manuel, pero la vida los llevo a vivir experiencias diferentes. Manuel trabajaba, Joel fue rechazado de varios trabajos, su madre enfermaba, y tenía que ausentarse para cuidarla. Así, decidió un camino 'rápido', al no cumplir expectativas, su madre amaneció con paro cardiorrespiratorio. Mataron a la madre de Joel, doña Rosita,

Él nunca aceptó su rechazo, cuando estaban en la secundaria.

frente a él, con una almohada en la cara. Se hizo 'dealer' por necesidad, como casi todos. ¡Vaya suerte!

V

—No me mates Joel, piensa en mis hijos, en Manuel que es tu amigo.

—Se las arreglarán Emilia, el Manuel dijo que no le entraba al bisnes, y pues no está chido. Era como mi carnal, pero te casaste con él. No mames, yo te quería para mí, y ese güey ni a coche llega. No mames Emilia, ahora ya te toca darme lo mío.

—Andas colocado Joel, no hagas una locura...

La baja del coche, le pone una mano en el cuello con una navaja, otra mano bajo el ombligo con la pistola. La lleva a través del monte, ella llora, al intento de gritar él le golpea. La tira al suelo. Lloro, recuerda a sus hijos en casa de su madre, a Manuel con la bolsa de pan. Joel se quita el cinturón, mientras ella yace adolorida en el césped. Empieza a insultarla, la pateo. Ella se aferra a la vida y le entierra las uñas, le da un puntapié. Intenta huir, él la atrapa por los pelos, le arranca un mechón.

—Es tu culpa Marimilia, Manuel estaría metido conmigo en esto si no fuera por ti. Ese güey era mi carnal, y te cruzaste en su vida. Es tu culpa, por usar esa falda en la secundaria. Inche vieja atrevida, ya desde morrita andabas con la falda arriba de la rodilla. Igual de loca que todas, ahora vas a probar castigo. Ay Marimilia, si estas retebonita, bien perfumada, y esas manitas tan delicadas...

Ella deja de respirar, sale sangre de su cuello, sus dedos crujen.

VI

Hermanas y amigas de Marimilia protestan frente a la alcaldía. Han hecho pancartas a llantos, a rabia, por amor a ella. No podrán callarse, no pueden callarse. Los niños lloran. Doña Norma desvelada, sin comer, con ojeras saca fuerzas para gritar el nombre de su hija. ¡Justicia por María Emilia! ¡Justicia por cada desaparecida!

Mujeres aman la vida, Manuel es consciente de que la red de sororas a la que pertenecía en vida Marimilia retiembla con fuerza en la plaza. Él decide no hablar en el micrófono, respeta a fuego de dolor el espacio que todas han organizado. Ayuda a pedir firmas, ayuda en silencio ahogado sustentando el protagonismo de todas las féminas, mar que ruge, mar de olas salvajes. Mar, Mariamilia, Marea de Marzo, marea todo el año.

Tania reparte octavillas, consignas que serán entonadas: “mujer escucha la fuerza está en tu lucha”; “ni una menos, ni una muerta más”; “María Emilia presente, ni una denuncia sin resolver”. Lo pintan todo de rosa magenta, rosa mexicano, rosa como los labios de María. Algunas personas le llaman vandalismo. Ella no debió morir, ella vive en la confianza. María, luz del mar, excelsa. Emilia, la amable, la que se esfuerza trabajando. Marimilia somos todas. Un auto del año se acerca al motín de la plaza. Femicidio.